

No siendo el hombre libre, tampoco pueden serlo los pueblos. San Agustín fué el primero que escribió una filosofía de la historia, bajo el punto de vista cristiano, que en otra parte hemos analizado (1). En ella domina siempre la división entre elegidos y réprobos. Los elegidos constituyen la ciudad de Dios; ¿cómo se forma? ¿Por el desarrollo de su libre actividad? Imposible, puesto que el hombre es impotente para alcanzar su salvación. La ciudad de Dios está en germen en el pueblo de Dios; la ciudad terrestre se compone de la gentilidad. Respecto á los gentiles, no conociendo la ley revelada, caen bajo la servidumbre del pecado. ¿Acaso los Judíos son más libres? Son también hijos de Adán, y por tanto réprobos; luego tampoco el pueblo elegido prepara el advenimiento de Cristo. Los desgraciados descendientes de Israel son instrumentos en la mano de Dios; si Dios les envía un profeta, Moisés, y una revelación, no es para salvarlos, sino para hacerles sentir la necesidad de un Salvador. El pecado, lejos de disminuir bajo el imperio de la antigua ley, va en aumento; si en la edad en que vivimos la humanidad puede conquistar su salvación, débelo, no á sus esfuerzos, sino á una intervención milagrosa de Dios, á la encarnación de Jesucristo (2).

Así, tanto en la historia como en la teología, San Agustín llega á anular el libre desenvolvimiento de la especie humana. No hay filosofía de la historia sin progreso, y el dogma del progreso implica que los individuos y los pueblos realizan por sí mismos sus destinos, bajo la mano de Dios. Luego es la filosofía quien mantiene la libertad humana; el cristianismo tradicional no la proclama sino para absorberla en la acción divina; ¿cuál es la última razón de este fatalismo religioso? La salvación de los hombres, responde el Padre de la Iglesia. Creemos con gusto que San Agustín estaba convencido de que fuera de su doctrina no había salvación posible. Mas ¿en qué ha parado la ley de salvación en el mundo real? Fuera de mi seno no hay salvación, ha dicho la Iglesia. Esta famosa máxima ha sujetado á los hombres durante siglos al yugo de una Iglesia ambiciosa y codiciosa. La humanidad ostenta aún las huellas de su

(1) Véanse los detalles y los testimonios en mi *Estudio sobre el cristianismo*.

(2) Véanse los detalles y los testimonios en mi *Estudio sobre el cristianismo*.

larga servidumbre. Tan sólo el libre pensamiento puede emanciparla.

§ II.—El fatalismo antiguo.—Vico.

N.º 1.—Vico y el cristianismo tradicional.

Bossuet no tenía la ambición de escribir una filosofía de la historia. El *Discurso* que tanta celebridad ha conquistado se destinaba á la instrucción del delfín, á fin de demostrarle la sucesión de la religión y de los imperios, en escorzo, como dice Bossuet: "Las historias particulares representan la serie de acontecimientos de un pueblo en detalle; pero para abarcar el conjunto hay que conocer la relación que cada historia tiene con las demás, lo que se consigue en un compendio donde se vea de una ojeada todo el orden de los tiempos." Vico tuvo más elevada ambición, y dió el título de *Ciencia nueva* á la obra que escribió sobre la historia. La filosofía de la historia es, con efecto, una ciencia nueva, ignorada de la antigüedad, más ignorada aún de la Edad Media y que data de la época moderna. Esto se concibe. Descansa sobre la idea de un desenvolvimiento progresivo de la humanidad, y únicamente en el siglo último el dogma del progreso ha sido altamente proclamado é introducido en la historia.

La *Ciencia nueva* de Vico ¿está á la altura de su ambición? Al darse á luz, la obra quedó ignorada; los contemporáneos no le prestaron atención alguna. En nuestros días se la ha rehabilitado. Quinet dice que "Vico fué el primero que sentó las leyes universales de la humanidad" (1). Michelet le consagra la misma admiración: "En la obra de Vico; dice, se ha manifestado por primera vez en la historia el Dios de todos los siglos y de todos los pueblos, la Providencia" (2). Desconfiamos de las rehabilitaciones; comprendense respecto á un personaje histórico cuyas acciones han sido mal apreciadas por sus contemporáneos, porque ignoraban los verdaderos móviles que le inspiraron. Pero un escritor nada tiene que ocultar; entrega su pensamiento á la publicidad más completa, y gracias á la imprenta, se extiende por todo el mundo. Si es grande el pensamiento producido, habría que

(1) QUINET, Introducción á la traducción de HERDER, p. 18.

(2) MICHELET, Introducción á la historia universal (notas).

suponer una singular ceguedad para que quedase desconocido al mundo sabio. Creemos que Vico no merece el glorioso título de iniciador que le han dado; á lo sumo puede decirse que su libro, si señaló una laguna, no la colmó.

¿Realmente Vico fué el primero que manifestó á Dios en la historia? Acabamos de oír á Bossuet; no se dirá que redujo la acción de Dios, puesto que escribió que Dios lo ha hecho todo. Pero la idea del gobierno providencial no basta para crear la filosofía de la historia. Esta idea data de Jesucristo. Sin embargo, no se ha producido en la historia sino después de diez y ocho siglos de cristianismo, y los escritores que han deducido una ciencia nueva no proceden del cristianismo, son libres pensadores. Esto prueba que se requiere aún otro elemento para fundar la filosofía de la historia; se requiere el concurso de la libertad humana y el desarrollo progresivo, tanto de los individuos como de la humanidad. En tanto que la libre actividad del hombre no es reconocida, el gobierno de la Providencia lo absorbe todo. Pues ¿qué será si los que celebran la omnipotencia de Dios creen en un Dios que se complace en manifestarse por prodigios? La filosofía entonces es imposible, lo mismo en la historia que en el espíritu humano, porque filosofía y milagro son dos ideas que se repelen. ¿Ha salvado Vico el escollo contra el cual se estrelló Bossuet? ¿Aceptaba la creencia del progreso que desconoció el águila de Meaux? Él mismo va á exponernos su doctrina, y el lector decidirá quién le ha juzgado mejor, si sus contemporáneos ó sus rehabilitadores.

Hay que hacer justicia á Vico; ningún escritor le iguala en su convicción profunda de la acción divina sobre las cosas humanas. En uno de sus discursos se lee: "Toda ciencia procede de Dios, vuelve á Dios y reside en Dios" (1). En 1719, en una solemne inauguración de estudios, Vico dijo que se proponía tratar este tema: "Todos los elementos del saber divino y humano se reducen á tres: conocer, querer y poder. Su principio único es el espíritu, y la razón es el ojo del espíritu que recibe de Dios la luz de la verdad eterna" (2). Desenvolviendo esta idea, Vico establece que el principio de toda ciencia viene de Dios; que la divina

luz, ó la verdad eterna, penetra en todas las ciencias. "Yo demostraré, dice, que todo origen viene de Dios, que todo movimiento conduce á Dios, que toda esencia reside en Dios, y que todo, en fin, son tinieblas y error fuera de Dios" (1). Vico mismo expresa, en los fragmentos sobre su vida que escribió; que la idea de la Providencia divina sirve de base á la *Scienza nuova*. "De esta suerte, añade, en la *Ciencia nueva*, quedan refutados Epicuro y sus partidarios, Hobbes y Maquiavelo, que abandonan el mundo al azar, Zenón y Spinoza, que lo entregan á la fatalidad... La *Ciencia nueva* será, pues, bajo uno de sus principales aspectos, una teología civil de la Providencia divina que hasta entonces había faltado. Los filósofos, ó han desconocido enteramente la Providencia, como los estoicos y los epicúreos, ó la han considerado únicamente en el orden de cosas físicas, cuando principalmente debían buscarla en la *economía del mundo civil*. La *Ciencia nueva* será, digámoslo así, una *demonstración de hecho, una demostración histórica* de la Providencia, puesto que debe ser una historia de los decretos por medio de los cuales la Providencia ha gobernado, sin noticia y á despecho de los hombres, la gran ciudad del género humano" (2).

Á primera vista, se creería oír á un órgano del Dios immanente. Pero tratándose del gobierno providencial, es, ante todo, preciso preguntar cómo obra la Providencia. Obra por mediación del hombre y con su concurso; luego el Dios immanente es quien habla por boca del historiador. Mas si Dios procede por vía milagrosa, no será el hombre el sujeto de la historia; Dios ocupará toda la escena. Así lo entiende Vico. El siglo XVIII no era un siglo de fe; los incrédulos pululaban lo mismo dentro que fuera de Italia, y reprocharon al autor de la *Ciencia nueva* haber apropiado su sistema al gusto de la Iglesia romana. Vico no se atrevió á rechazar el reproche, ántes lo aceptó, añadiendo que era carácter común á toda religión establecer su fundamento sobre el dogma de la Providencia (3). Si, no hay religión sin Providencia, como no la hay sin Dios. Mas ¿qué idea da la religión de Dios y de

(1) VICO, *Scienza nuova*, lib. v. c. iv (traducción de MICHELET).

(2) VICO, *Scienza nuova*, lib. i. c. iv (traducción de MICHELET).

(3) MICHELET, *Apéndice de la Vida de Vico*.

(1) MICHELET, *Discurso sobre el sistema y la Vida de Vico*.

(2) *Vida de Vico*, escrita por él mismo (traducción de MICHELET).

la Providencia? Hé aquí lo que principalmente interesa. Pero la Providencia de Vico es la milagrosa del cristianismo tradicional, lo que excluye toda filosofía.

La *Ciencia nueva* no es nueva, cuenta mil setecientos años de antigüedad; es la ciencia de San Agustín, la ciencia de San Pablo, la caída y la gracia. Vico dice que el hombre ha sido creado en estado de perfección, del que ha caído por el pecado de Adán. Tal es el principio fundamental del cristianismo histórico y también el del historiador italiano. Si el hombre es injusto, procede de la flaqueza de una naturaleza viciada. Admitido este primer misterio, los demás se desprenden de él necesariamente. Para rehabilitar al hombre caído se requiere un regenerador: nuevo misterio, la encarnación del Hijo de Dios. Vienen luego la gracia y los sacramentos que la procuran (1); ¿qué tiene de común esta historia sobrenatural con la historia real? La primera, fundada sobre los dogmas cristianos, es imaginaria; más todavía: vicia la historia real, introduciendo la ficción en el dominio de la realidad y subordinando los hechos a la fe.

Así es como la historia del pueblo de Dios se convierte en una historia ficticia, donde todo es milagro, es decir, imaginario. La Biblia es para Vico la verdad absoluta, lo mismo en materia de historia que en materia de fe. De aquí las aserciones á que la ciencia ha dado singulares mentis. "Los Hebreos han sido el primer pueblo, y han conservado sin alteración los monumentos de su historia desde el principio del mundo," (2). Luego la Biblia nos ofrece la historia más antigua, la única verdadera (3). ¿Qué diría Vico si pudiese leer las inscripciones grabadas en monumentos egipcios anteriores al diluvio? La autoridad que concede á la historia llamada *sagrada* le conduce á enaltecer el pueblo de Dios sobre todas las naciones; de suerte que el historiador italiano reproduce, en el siglo XVIII, los mismos errores que Bossuet había profesado en el XVII: "Los Gentiles solamente tuvieron los auxilios ordinarios de la Providencia; los Hebreos tuvieron además los extraordinarios del verdadero Dios; de aquí el prin-

(1) VICO, de *Constantia philosophia* (Opere, t. III, p. 166 y siguientes, edición de FERRARI).

(2) VICO, *Scienza nuova*, lib. I, c. I (traducción de MICHELET).

(3) VICO, de *Constantia philologia*, c. VIII (Opere, t. III, página 201).

cipio de la división de todos los pueblos antiguos en Hebreos y Gentiles." Vico no se contenta con enseñar el error, sino que critica á Grotius por haberse aproximado á la verdad, diciendo que las naciones paganas habían conocido la equidad natural en su perfección ideal, olvidando, dice, la asistencia particular que un pueblo privilegiado recibe del verdadero Dios (1). Este principio da por consecuencia lógica una historia milagrosa del pueblo de Dios, tal cual se enseña en los catecismos. ¡Á esto queda reducida la filosofía de la historia dentro de la tradición cristiana! Pero por lo menos, ¿es Vico un cristiano convencido, lógico, como Bossuet? ¿Cosa singular! ¡Reprocha á Grotius enaltecer demasiado la sabiduría pagana, y él mismo se ha dejado seducir por un error de la antigüedad que es poco compatible con el cristianismo! ¡Repudia el fatalismo de los estoicos, y al mismo tiempo se extravía por una preocupación estoica, hasta el punto de establecer sobre ella el fundamento de su *Ciencia nueva*! Aludimos á la famosa teoría de los *ricorsi*.

N.º 2. — Los Ricorsi.

La filosofía de la historia sólo es digna de este nombre cuando toma por punto de partida la doctrina del progreso. Pero el progreso es incompatible con la revelación sobrenatural. Bajo el punto de vista del cristianismo, la historia se reduce á una serie de milagros, ante los cuales el hombre permanece pasivo. Este es el vicio de la doctrina de Bossuet, y también el de la de Vico. El águila de Meaux se cierne entre los pensamientos de Dios, y desde esa altura imaginaria mira con soberbio desde las vanas agitaciones de los hombres, que obedecen á los designios de Dios como instrumentos, por más que se imaginen obrar libremente. El mismo desde poco filosófico se encuentra en Vico. Admite, á la verdad, que los hombres han producido por sí mismos el mundo social; esta máxima hubiera podido librarle de los extravíos del fatalismo católico, si la hubiese aplicado al estudio de los hechos; pero cae inmediatamente en el mismo orden de ideas que profesa Bossuet y que acabamos de indicar. Al paso que sienta como princi-

(1) VICO, *Scienza nuova*, lib. I, c. II (traducción de MICHELET).

pio incontestable de la *Ciencia nueva* que los hombres han producido por sí mismos el mundo social, añade que el mundo es producto de una inteligencia que las más veces difiere de los fines particulares que los hombres se habían propuesto, que algunas veces está en oposición completa y siempre es superior (1). Todavía esto es admisible; pero si hay en nuestros destinos una voluntad de Dios, es preciso demostrar cuáles sean sus designios, y que la ley del progreso preside los esfuerzos incesantes que hacen los hombres bajo la mano de Dios para conseguir el objeto final. Luego Vico ignora por completo la idea del progreso.

Existía entre los antiguos una preocupación que debía tener profundas raíces, puesto que dominaba por todas partes, así en Oriente como en Occidente. Ignoraban la ley del progreso, única que da moralidad á la historia; y no vislumbrando ningún ideal hacía el cual avance la humanidad á través de sus agitaciones y sufrimientos, creyeron que los acontecimientos históricos eran simples hechos, sin más trascendencia ni significación moral, que los hombres giran siempre en el mismo círculo, sujetos siempre á los mismos males. Esta desconsoladora doctrina la aplicaron á la creación entera: terminada la revolución de un cierto número de siglos, todas las cosas debían renovarse, entrar los astros en sus primeras órbitas, recobrar los individuos y los pueblos su primitiva existencia. Era esto la negación absoluta del progreso y de la perfectibilidad. Quienes tomaron por lo serio esta concepción, debían desesperar de la vida, despreciarla y aborrecerla. Los Indios se encontraban en este caso; así estaban dominados por el pensamiento de un renacimiento eterno, acompañado siempre de las mismas miserias. Para librarse de esta fatalidad eterna, no encontraron otro medio que el aniquilamiento del alma ó su absorción en el gran todo. Concibese esta pasión por la nada. La necesidad de renacer sin cesar y de sufrir siempre trasporta el infierno de los cristianos á la vida real; si los condenados pudieran formular un voto, ciertamente preferirían su aniquilamiento á la eternidad del mal. La misma concepción se reproduce en los Griegos, especialmente en la escuela de los estoicos: "Los astros, decían, se encontrarán un día en la misma posición en que se encontraban en los tiempos de

(1) VICO, *Scienza nuova*, lib. V, c. 4.

Sócrates. Sócrates en persona volverá al mundo, sufrirá idénticas acusaciones, y será condenado por los mismos jueces; y esto se repetirá hasta lo infinito," (1).

Este círculo fatal de revueltas eternas, se asemeja mucho á los círculos del infierno imaginados por el Dante. Los *ricorsi* de Vico no son menos horribles; envuelven la creencia antigua transformada y aplicada al destino de los pueblos. La existencia de cada nación forma un círculo invariable que se reproduce sin cesar. Vico distingue tres épocas en la vida de las sociedades humanas; la primera ha sido impropriamente llamada bárbara por los historiadores; la religión domina en ella; los legisladores y los príncipes son, por decirlo así, dioses; debiera llamarse edad divina. Viene en seguida la edad heroica; en esta segunda época hay todavía mucho de divino, pero ya se presenta el hombre bajo la forma de héroe; éste es un semi-Dios, el intermediario entre la divinidad y la humanidad. En fin, en la tercera época, el hombre domina, la sociedad civil se constituye. Pero apenas ha llegado un pueblo á este último estado de desarrollo, acaba y se disipa como las hojas que caen del árbol en otoño. Un nuevo pueblo reemplaza al que ha terminado su existencia, y recorre idénticamente los mismos círculos. Estas continuas revueltas de la historia son los *ricorsi* de Vico.

Los *ricorsi*, como el *año grande* de los antiguos, son la negación radical del progreso. No cabe dar el nombre de progreso al desenvolvimiento de las tres edades en el seno de cada pueblo, porque esto no pasa de un círculo sin salida. El progreso indica una marcha incesante en el camino del perfeccionamiento. No hay muerte, no hay fin, no hay detención ni para los pueblos ni para los individuos; la muerte que deploramos no es más que una transformación. Á decir verdad, los pueblos no mueren, se transforman, y el desarrollo progresivo de la humanidad continúa siempre á través de esas muertes y de esos renacimientos. Los pueblos no son una manifestación pasajera como las hojas de un árbol; sus trabajos y sus sufrimientos no se disipan como la ceniza de las tumbas; la humanidad, y por consecuencia los hombres, utilizan el beneficio. Siguese de aquí que la vida del género hu-

(1) Véase sobre esta doctrina la parte primera de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

mano no es una serie de círculos uniformes, sino una línea que se prolonga indefinidamente, y en la que cada uno de los puntos que la componen se liga con el precedente y con el subsiguiente.

En la doctrina de los *ricorsi* no hay historia posible, porque falta el desenvolvimiento; hay simplemente un cuadro que se reproduce sin cesar. Los pueblos se suceden sin que haya entre ellos lazo ni relación. Esta concepción falsa vicia hasta la historia particular de cada pueblo. Vico manifiesta su predilección por la antigüedad, y especialmente por Roma. Nada más natural en un italiano. Pero esta predilección, unida al sistema de los *ricorsi*, conduce á una verdadera caricatura de la historia moderna. Vico no va más allá de la Edad Media; lo que dice de la época que siguió á la caída del imperio y de la decadencia de la antigüedad es puramente imaginario. Descubre innumerables relaciones entre los tiempos bárbaros de la antigüedad y la época feudal. Es necesario que la historia moderna se abra con una edad divina; así lo quiere la ley de los *retrocesos*. En la antigüedad, en Roma, los reyes ejercían las funciones del sacerdote. En la Edad Media también, dice Vico, los reyes católicos, protectores de la religión, revestían las vestiduras de diácono, consagraban al Señor sus reales personas y tenían dignidades eclesiásticas (1). Tan persuadido está el filósofo italiano de que los reyes feudales eran sacerdotes, que olvida al papa y la diferencia marcadísima que el catolicismo establece entre clérigos y legos. Si, en vez de encerrarse en la Roma antigua, hubiese leído los concilios y los doctores católicos, habría visto que los reyes estaban sometidos á los sacerdotes, como el rebaño á su pastor; habría notado en las cartas de los papas la insultante comparación entre el emperador y el soberano pontífice, el uno imagen de la humilde luna, el otro del deslumbrante sol. La realidad de la historia nada tiene de común con el sistema que Vico le impone. Tal es el peligro de las fórmulas en que se quiere aprisionar la vida tan variada, tan rica, tan infinita de la humanidad.

Detengámonos un instante todavía sobre el sistema de Vico, aunque no sea más que para inspirar á los historiadores repugnancia de las ideas sistemáticas. Á la edad divina ó teocrática sucedió

(1) Vico, *Scienza nuova*, lib. v, c. 1.

la heroica, que reprodujo, según Vico, el heroísmo antiguo. Los caballeros pueden pasar por los héroes de los tiempos feudales. Pero dejando la superficie de las cosas para penetrar en las profundidades del genio germánico, se ve que hay un abismo entre los héroes de Homero y los caballeros. En otra parte hemos señalado la diferencia (1). Los Germanos traen á la humanidad un principio desconocido de los antiguos, el de la individualidad del hombre; traen un sentimiento desconocido de los antiguos, el culto de la mujer, é inauguran con estos elementos una nueva era de la civilización. Según Vico, nada hay nuevo bajo el sol. La historia nos dice que el feudalismo es originario de los bosques de la Germania: la historia se engaña. Los feudos reproducen la clientela romana; el derecho feudal no fué introducido por los Bárbaros; es el más antiguo de los derechos. Vico encuentra ya el vasallaje en Homero (2), y gracias á la ley de los *ricorsi*, el feudalismo renacerá un día, tal como existiera en los tiempos heroicos de Grecia, en Roma, ó en la Edad Media, ¿qué digo? aún estamos regidos por el derecho feudal. En efecto, el autor de la *Scienza nuova* nos enseña que el derecho romano procede de los feudos (3), y ese derecho es aún el nuestro en materia de propiedad. Aquí, la ley de los *retrocesos* se torna en una verdadera parodia: ¿quién ignora que hay una diferencia radical entre la propiedad feudal y la propiedad romana?

No, en la historia no hay *retrocesos*; jamás se reproducen las mismas instituciones, como no se reproducen los mismos sentimientos, ni las mismas ideas. Lo que ha engañado á Vico es que las naciones tienen una *naturaleza común*, de donde deduce que hay identidad de sustancia en la historia; y tan orgulloso se muestra de esta pretendida verdad, que por sí sola la cree digna de justificar el título orgulloso de *Ciencia nueva* que da á su obra. Esta nueva ciencia es una *historia ideal* de las leyes eternas á que obedecen todas las naciones en sus principios y en su progreso, en su decadencia y su fin, y que seguirán siempre, aún cuando nazcan sucesivamente mundos infinitos en la eternidad (4). Hay en estas entusiastas frases

(1) Véase la parte séptima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(2) Vico, de *Universi juris principio* (*Opere*, t. III, p. 133, 134).

(3) Vico, de *Universi juris principio*, § 129, p. 66.

(4) Vico, *Scienza nuova*, lib. v, c. III.

de que no escribió una teoría filosófica; esta es una gloria más: ese luminoso genio tenía horror á los sistemas; algo mejor hizo: realizar la ciencia nueva en sus obras, cuando Vico había ensayado en vano formular sus leyes. En lugar de proceder, como sus predecesores, por una doctrina para imponerla en seguida á los hechos, comprendió, con su maravilloso buen sentido, que la doctrina debía brotar naturalmente de los hechos. Requeríase ante todo un estudio completo de éstos, única base sólida de una filosofía de la historia. Hasta Voltaire, la historia había sido incompleta, sin pasar de la política y de la religión; las costumbres, las letras, la filosofía sobre todo, estaban de ella excluidas. Voltaire fué el primero que abrazó todos los elementos que reflejan la vida de la humanidad (1).

Con gusto nos asociamos al elogio de ese maravilloso genio que encanta siempre y que instruye más de lo que se piensa, porque emancipa la razón de las preocupaciones del pasado. Pero ¿no ha ido más allá del objeto en su reacción contra la superstición católica? Todo lo que se llama milagro ó sobrenatural le era tan antipático, que le repugna admitir un gobierno providencial de las cosas humanas. Ciertamente hizo bien en desterrar el milagro de la historia; mas de que el gobierno providencial no sea milagroso ¿ha de deducirse que no hay gobierno providencial? De que el cristianismo tradicional dé una falsa idea de la Providencia y de su acción ¿ha de inducirse que no hay Providencia? ¿Cosa singular! los incrédulos invocaban también los absurdos y los extravíos de la religión cristiana para negar á Dios; ¿qué les respondía Voltaire? Aborrezcamos la superstición, pero mantengamos la adoración de Dios. Los incrédulos insistían diciendo que de adorar á Dios se corría el peligro de caer bien pronto en la superstición y el fanatismo. Voltaire replicaba que no era ménos de temer, al negar á Dios, quedar abandonados á las pasiones más atroces y á los crímenes más horribles, concluyendo que si no hubiese Dios, sería preciso inventarle (2).

¿Cómo entonces Voltaire, que defendía con tal energía la idea de Dios contra los incrédulos, ha negado el gobierno providencial? Hace más que

§ III.—El fatalismo del azar.

N.º 1.—El ciego azar.—Voltaire.

Voltaire es también celebrado como el verdadero creador de la filosofía de la historia, á pesar

(1) MICHELET, *Discurso sobre el sistema y la Vida de Vico*.

(2) Vico, *Opere*, t. I, p. 162, 167; t. v, p. VIII y IX.

de que no escribió una teoría filosófica; esta es una gloria más: ese luminoso genio tenía horror á los sistemas; algo mejor hizo: realizar la ciencia nueva en sus obras, cuando Vico había ensayado en vano formular sus leyes. En lugar de proceder, como sus predecesores, por una doctrina para imponerla en seguida á los hechos, comprendió, con su maravilloso buen sentido, que la doctrina debía brotar naturalmente de los hechos. Requeríase ante todo un estudio completo de éstos, única base sólida de una filosofía de la historia. Hasta Voltaire, la historia había sido incompleta, sin pasar de la política y de la religión; las costumbres, las letras, la filosofía sobre todo, estaban de ella excluidas. Voltaire fué el primero que abrazó todos los elementos que reflejan la vida de la humanidad (1).

Con gusto nos asociamos al elogio de ese maravilloso genio que encanta siempre y que instruye más de lo que se piensa, porque emancipa la razón de las preocupaciones del pasado. Pero ¿no ha ido más allá del objeto en su reacción contra la superstición católica? Todo lo que se llama milagro ó sobrenatural le era tan antipático, que le repugna admitir un gobierno providencial de las cosas humanas. Ciertamente hizo bien en desterrar el milagro de la historia; mas de que el gobierno providencial no sea milagroso ¿ha de deducirse que no hay gobierno providencial? De que el cristianismo tradicional dé una falsa idea de la Providencia y de su acción ¿ha de inducirse que no hay Providencia? ¿Cosa singular! los incrédulos invocaban también los absurdos y los extravíos de la religión cristiana para negar á Dios; ¿qué les respondía Voltaire? Aborrezcamos la superstición, pero mantengamos la adoración de Dios. Los incrédulos insistían diciendo que de adorar á Dios se corría el peligro de caer bien pronto en la superstición y el fanatismo. Voltaire replicaba que no era ménos de temer, al negar á Dios, quedar abandonados á las pasiones más atroces y á los crímenes más horribles, concluyendo que si no hubiese Dios, sería preciso inventarle (2).

¿Cómo entonces Voltaire, que defendía con tal energía la idea de Dios contra los incrédulos, ha negado el gobierno providencial? Hace más que

(1) LANFREY, *la Iglesia y los filósofos en el siglo XVIII*, página 165.

(2) Véase la parte duodécima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.